

epistemológicos de la Geografía siguen otros dos, muy interesantes, sobre la meritoria labor de la S.G.M. relativa a la transcripción de nombres geográficos extranjeros y sobre la reforma de la nomenclatura geográfica española.

Y significativo también es el capítulo V sobre «Geografía Histórica e Historia de la Geografía» en el que ordenadamente se va estudiando la aportación de la Sociedad madrileña a la Geografía Antigua de España, Vías romanas, la España visigoda, la Península Ibérica en los geógrafos árabes, el Medioevo, los siglos XVI al XVIII, Historia de la Geografía española y en especial de la referida a las Indias españolas. En este contexto hay que destacar la precisión del análisis relativo a Vías romanas y geografía árabe de España, así como las auténticas biografías científicas de Saavedra, Coello, Blázquez y Fernández Guerra. En conjunto el capítulo constituye una valiente y certera reivindicación de la Geografía histórica española por ser tan geografía como cualquier otra, porque confirió la solidez de lo inmovible a muchos temas históricos, porque entonces iluminó con claridad la estrecha relación existente entre infraestructuras pretéritas y actuales, por ejemplo la del ferrocarril y carreteras en relación con las vías romanas.

Termina la obra con el capítulo VI «La Mirada hacia Iberoamérica», en el que es elogiada y explicable la exaltación de la época sobre este continente, pero en el que resulta chocante el tratamiento tan retórico que a veces se hace del tema así como las pugnas y reticencias manifiestas entre Portugal y España, el burdo determinismo por ejemplo de un Rodríguez Arroquia, el patriotismo militar preconizado por muchos y el triunfalismo a flor de piel de casi todos. Sin duda hay que marcar una cierta distancia respecto a estas no laudables actitudes.

El libro comentado constituye la tesis doctoral de Rodríguez Esteban, dirigida por Ortega Cantero, que lo prologa. Por lo tanto enlaza y colabora a enaltecer la línea de investigación sobre historia de la Geografía española que se viene desarrollando en la Universidad Autónoma de Madrid, entre otros por su ilustre prologuista. En conjunto me parece que es triple la aportación de esta obra para la historia de la Geografía española:

1º Al estudiar modélicamente la institución geográfica española más sólida del período 1876-1936, esclarece sobremanera nuestro pensamiento y acervo institucional geográficos. Y nadie ya, creo, podrá insistir en que no hay Geografía española con anterioridad a nuestra guerra civil.

2º Lo anterior se hace dando a conocer, e incluso privilegiando, los aspectos que ligan la Geografía española con la europea y mundial, muy especialmente, pero no sólo, en cuanto se refiere a Geografía y colonialismo, que era tema muy poco tratado hasta ahora.

3º El material de archivo, de hemerotecas y bibliotecas que se utiliza y que en parte se recoge en los ricos apéndices y bibliografía citada es también una aportación muy digna de destacarse. Sin duda investigadores posteriores valorarán y podrán utilizar tan rico material.

Excelente obra, pues, la de Rodríguez Esteban, imprescindible en lo sucesivo para nuestra reciente historia de la Geografía española.— ANTONIO LÓPEZ ONTIVEROS

*León y los ríos**

Es posible desarrollar toda una teoría de las relaciones entre la ciudad y el río. Con la excepción de algunas ciudades marítimas, y no sin matices, apenas se concibe una ciudad sin río, aunque no podamos obviar la mención de algunos casos excepcionales, como Oviedo que precisamente tenemos a la vista, si bien es cierto que las charcas, fuentes y manaderos existentes en su emplazamiento, con los arroyos que alimentaban, vinieron a desempeñar en la vida urbana una parte del papel que en otros lugares desempeñaban los ríos: aprovisionamiento de aguas, lavaderos, albañales...

En ocasiones los especialistas que se ocupan de la ciudad, demasiado absortos en las llamadas ciencias sociales, tienden a olvidar que, a pesar de su alto grado de artificialidad, las ciudades se asientan en un medio natural donde el relieve, la red fluvial y la distribución de la vegetación representan un marco con el que la ciudad establece un diálogo y del que hace interpretaciones que se expresan en la configuración del espacio urbano, en su morfología y en la distribución de los usos sociales o productivos del suelo. No son lecturas unívocas sino matizadas por multitud de circunstancias derivadas no solamente de la orientación, de la imagen que ofrecen o de las vistas que permiten, sino también de la percepción ciudadana y de las modas o tendencias en diferentes períodos, todo lo cual hace posible que un mismo elemento en condiciones similares pueda originar dife-

* TOMÉ FERNÁNDEZ, Sergio: *León, los ríos en el paisaje urbano*. Universidad de Oviedo. Departamento de Geografía. 1997. 190 páginas.

rentes lecturas o que el valor que se le ha dado en un momento cambie con el tiempo.

El río ha sido para la ciudad un foso, un elemento de defensa, pero también una barrera social; el río ha representado el suministro de agua y con ella de la vitalidad y de la amenidad, al mismo tiempo que de la riqueza: sotos, vegas, riberas, huertas y arboledas representan desde la Edad Media, y aún antes, un destacado atractivo del paisaje cantado por los poetas y viajeros, cuyas mejores manifestaciones se reservaban los poderosos. Y junto a ellos las huertas de los arrabales cercanos, manifestación de la productividad que aseguraba el riego y garantía del abastecimiento a la ciudad, «banlieue» hortícola de la que aún quedan algunas muestras, cada vez más contadas en Zamora, Palencia y en el propio León. Pero esta generosidad del río se compensaba haciendo de él un vertedero generalizado para todo lo desagradable que la ciudad engendraba: excrementos (las procesiones de las ollas, mencionadas por García Fernández en Valladolid, pero conocidas con ese u otros nombres en todas partes), animales muertos, basuras... todo se lo llevaba el río. Humedad y desechos orgánicos en el calor del verano hacían de las aguas criadero de moscas y mosquitos, nido de ratas y fuente de malos olores. Así la ciudad daba la espalda al río, situando junto a él sólo a los que eran segregados y quienes por su oficio y, sobre todo por los repulsivos olores que algunos de esos oficios originaba, no tenían otro remedio que albergarse cerca de las aguas. El río en las ciudades de la Cuenca del Duero fue, hasta pasada la mitad del siglo XX, un elemento de discriminación social al que las clases acomodadas sólo acudían en los paseos de las tardes de verano. Esguevas o abasto de agua para el riego de huertas y sotos, los ríos eran también un elemento de peligro por sus inundaciones que han quedado grabadas en la memoria de todas las ciudades, las cuales han procurado siempre alejarse del lecho ordinario, aunque su ubicación en el lecho mayor, sobre la más baja terraza, no les libraba de las crecidas excepcionales. Por eso los ríos leoneses o castellanos, en las cercanías de las ciudades ofrecían, aun a principios de nuestro siglo, amplios lechos, con cauces divagantes, riberas cubiertas de vegetación y amplias playas de grava. Aunque hay precedentes del XVIII, la consideración del río como un espacio de paseo arbolado es del XIX, pero su integración en el tejido urbano es, en las ciudades de Castilla y de León, del siglo XX bien avanzado. Para llegar a esa integración el río debe desnaturalizarse rectificando su cauce, canalizándolo y así ganar espacio en las márgenes para hacer de ellas jardines, paseos o calles edificadas.

Podría decirse del emplazamiento de León que es una «mesopotamia» donde la ciudad originaria se asentó en el punto más alto, lejos de las crecidas, dejando las zonas bajas para vegas regadas y los ríos como elemento de segregación social, papel que han seguido desempeñando hasta el presente. Sin duda en la historia de esta ciudad ha habido lecturas muy significativas del papel de los ríos y hubiera sido interesante aproximarse a la percepciones que los leoneses han tenido de sus ríos a lo largo del tiempo, de sus relaciones de apreciación-dependencia-temor-especulación.

Pero Sergio Tomé no sigue este camino. No tiene el autor por qué responder a las inquietudes que preocupan a algunos de sus lectores, a pesar de lo cual varias de las cuestiones apuntadas se mencionan en el libro que comento. Lo que se hace en él es explicar la formación de la ciudad desde el punto de vista del río y especialmente plantear el problema de su integración en el espacio urbano, de modo que el proceso de desnaturalización para hacer del río un elemento de articulación urbana queda magníficamente expuesto. No puede ocultar el autor su formación urbanística y, en consecuencia, se recrea en los aspectos urbanísticos y arquitectónicos, referentes al viario y el aprovechamiento del suelo, al planeamiento y la edificación, aspectos que, ciertamente, no deben olvidarse en la explicación de una ciudad o de parte de ella. Y eso es lo que pretende nuestro autor, explicar la parte de la ciudad ensamblada por el río.

Encuadrado en ese contexto, el libro proporciona en unas pocas páginas una excelente síntesis de la urbanización de los ríos que encuadran la ciudad de León y su significado en la configuración del espacio urbano, de modo que puede decirse que carece de defectos si no es el caso de algún detalle menor que no dejaré de citar para valorar, en el contraste con su insignificancia, la calidad del trabajo.

Destaca para empezar la excelente edición, cuidada en tanto en el diseño de portada como en la tipografía y reproducción de las fotografías, de tal calidad que es posible distinguir los más pequeños detalles. Son, todas, fotos de notable interés que dan buena cuenta en los detalles mencionados en el texto. Sin embargo hay que poner un pero a la información cartográfica o, más exactamente, a los esquemas gráficos que acompañan el trabajo. Ciertamente se incluyen algunos, pero este es un aspecto que debiera haberse cuidado más, tanto en el número de esquemas como, especialmente, en la rotulación de los espacios más significativos. Incluso alguien que tenga un conocimiento razonable de la ciudad de León sigue con dificultad algunos detalles, bien porque

no son espacios habituales para los no leoneses de cuna y crianza, bien porque se mencionan con nombres diferentes (Puente de la Estación-Puente de Guzmán). Hoy existen medios para reproducir esquemas adecuados en el tamaño de una página. En otro orden de ideas habría alguna cuestión que discutiría a su autor, aunque se trata de puntos de vista personales, en cuyo debate posiblemente él tuviese tantos o más partidarios que yo. Es el caso del concepto de paisaje urbano como sinónimo de imagen o configuración morfológica (en volumen) de la ciudad. Sería bueno que los geógrafos intentásemos ponernos de acuerdo en el uso que hacemos de este concepto y en qué términos de escala y tipos espacios es aplicable.

Por lo demás el libro, tras una introducción donde destaca que León no puede parangonarse con otras ciudades de la Meseta por cuanto sus ríos no son equiparables a las grandes arterias que corren junto a otras ciudades (detalle que sin duda le agradecerán el Vena y el Arlanzón) y su casco está más alejado de ellos, dedica tres capítulos a esbozar la imagen de la ciudad romana, medieval y moderna en lo que se refiere a su relación con el río y la explotación de las aguas. A ellos puede añadirse el cuarto en el que se traza la última imagen de río y las riberas en el León tradicional. Los capítulos que van del S al final se dedican a explicar el acercamiento de la ciudad al río y la integración del río Bernesga en el tejido urbano, de modo que constituyen el centro de interés del libro.

Entre estos capítulos creo que son especialmente interesantes los tres últimos, no sólo porque dan cuenta de los procesos recientes en la ciudad, sino porque abordan concretamente el cambio de sentido del río que poco a poco pasa de ser una barrera social y conceptual en la percepción ciudadana, y en la realidad del uso social y productivo del suelo, para integrarse como un elemento articulante, momento en que se inicia también la integración del Torío, aunque el proceso no está aún concluido. Es en estos capítulos donde se plantea más claramente la relación de la ciudad con el río y sus usos tanto en como espacio de recreo, como en su papel de escenario para la construcción, además del tremendo problema de los vertidos, pues aquella consideración medieval como elemento vivificador y vertedero continua en la actualidad, llevando la contradicción a los extremos de entender el río como jardín y como cloaca al mismo tiempo. Aspectos que se describen en el texto con dramáticos detalles por la gravedad que alcanzan.

Bien redactado y de lectura agradable, este libro viene a cubrir un aspecto del que todos hablamos con fre-

cuencia pero que hasta ahora permanece prácticamente inédito para las más de nuestras ciudades. En lo que tiene de ejemplar el proceso de incorporación del río a la ciudad es un trabajo cuya lectura puede recomendarse no sólo a los leoneses o personas interesadas en la ciudad de León, para quienes es obligada, sino también para todos aquellos que se interesan en el estudio de las ciudades en general y de las españolas en particular.—
LUIS VICENTE GARCÍA MERINO

*La agricultura de ciclo manipulado en España**

Las denominaciones de «*agricultura forzada*», «*emergente*», «*de primor*», «*temprana*», «*extratemprana*» y «*de vanguardia*» son algunas de las formas de significar las especificidades que encierra la modalidad de actividad agraria objeto de análisis en este estudio, denominaciones todas que quedan resumidas en la que el autor considera más apropiada: «*agricultura de ciclo manipulado o modificado*».

Sacar a la luz el esquema básico, pero muy complejo, de todos y cada uno de los aspectos geográficos que se contienen dentro de esta forma de organizar y concebir la actividad agraria es el objetivo del trabajo que reseñamos, logrando plasmar un catálogo exhaustivo, tanto de los factores, elementos y rasgos definitorios de la actividad productiva en cuestión, como de las consecuencias, las ya consolidadas y las previsibles, que de ellos se derivan.

El esquema interno de la obra se estructura en cinco grandes capítulos, de los que el primero se ocupa de la presentación del tema, de los rasgos más generales de la «*agricultura de ciclo manipulado*» y de la presentación del proyecto de trabajo.

El capítulo segundo está dedicado al estudio de los factores condicionantes que intervienen en este tipo de agricultura, cuestión fundamental desde el momento en que aquí se consideran todas las cuestiones de carácter físico (relieve, suelos, temperatura, pluviometría...) que inciden, positiva o negativamente, así como los factores humanos que explican el desarrollo de esta modalidad agraria en unos espacios geográficos concretos. Capítu-

* MORALES GIL, Alfredo: *Aspectos geográficos de la horticultura de ciclo manipulado en España*. Alicante, Universidad de Alicante, 1991. (I.S.B.N.: 84-7908-354-9)